

## Dos palabras

Es Francisco Soler un joven trabajador en cosas literarias, cuyo nombre ha flotado cuán poco al viento de la novelaría.

Su excesiva juventud experimenta todas las inquietudes de una encantadora vivacidad; y nadie al mirarlo con su aspecto de niño caprichoso, le creyera capaz de las brillantes labores de ingenio y de reflexión de que da muestra la conferencia con la que hoy regalamos a guisa de aguinaldo el buen gusto de nuestros lectores.

Hemos deseado empezar nuestra labor del presente año con la obra simpática de un joven escritor de nuestro país que bien merece ser leído y apre-

ciado por sus compatriotas de buena voluntad.

Nuestro juicio acerca de esa conferencia, se puede condensar en estas frases: vale por la bella frescura del estilo en que está escrita y por la intensidad de pensamiento que encierran las parábolas que en él van engarzadas. Fondo y estilo que no desconocería entre los de su descendencia legítima, aquel gigante del concepto que se llama José Enrique Rodó.

Quede así consignado nuestro aplauso entusiasta para la tarea de un joven de todo en todo merecedor de la alabanza y del estímulo.

*La Dirección*

## Para empezar

Este Billo Zeledón del diablo tiene la culpa. Si no insiste, hoy no se publicara la conferencia sobre nuestros buenos amigos los Pecados Capitales, que leí no hace mucho en el Ateneo de la Juventud. El se empeñó. Yo no quería. Siempre he creído que como no sea para dar nuevas ideas u orientaciones, nada debe lanzarse a la luz.

Y las que aquí presento pertenecen al ambiente: son semejantes al casco mitológico pues se amoldan a todas las cabezas. Pero, en fin, esto a nadie importa; ni siquiera a mí. Más viejos son los pecados y cada día adquieren nuevos atractivos!

*Francisco Soler*

## Los Pecados Capitales

La paz se regaba sobre la tierra. Iban las sombras barriendo lentamente, silenciosamente, la fría población desierta, desierta y triste, triste; en calma. Allá, en el fondo de la calle solitaria, perduraban cobardes los resplandores del sol que acababa de caer en la montaña, llevándose, por su peso, la fuerza del día, para dejar el dombo azul en poder del oscuro misterio, ahora rasgado por la luna creciente que ascendiendo como el filo de un cuchillo, partía la negrura, y la deshilachaba en nubes blancas.

Todo era, pues, frío, silencio, sombras; sombras perturbadas de lejanos fulgores; silencio roto a largos pedazos por un lúgubre tañido escapado del vecino campanario que se internaba con cautela en la noche; frío ahuyentado de vez en cuando por el calor de alguna añoranza que pasaba furtiva, rozando levemente el alma a la manera de las golondrinas que dejan con las alas, al golpearlos, ligero temblor en los cristales de las ventanas entonces cerradas al viento, cerradas al amor, cerradas, en fin, a la vida.